

CHARLES TILLY: The formation of national states in Western Europe.

En contraste con lo que sucede respecto a los problemas del desarrollo económico, la preocupación de los historiadores por el examen sistemático del desarrollo político ha dado lugar a un volumen de trabajos considerablemente menor. Esta circunstancia, más agudizada si cabe en lo que concierne al tema del origen y desarrollo del estado moderno, es una de las que contribuyen a dar un relieve particular a este libro, ya de por sí planteado con pretensiones bastante ambiciosas, y que suscitará, a buen seguro, cierta controversia derivada especialmente del marcado carácter ideológico que impregna algunas de sus contribuciones.

Como acontece con este tipo de obras colectivas, no sólo encontramos aportaciones de un valor y un interés muy desigual, sino una estructura general que responde a un patrón común, susceptible de desglosarse en tres partes distintas. La primera, a cargo de Ch. Tilly, principal animador del libro —sus ensayos representan aproximadamente el treinta por ciento del volumen—, es una especie de exposición de motivos y una introducción general del tema, tanto más necesaria en este caso por cuanto el proceso de formación del estado en los países de la Europa occidental no es abordado desde su misma génesis, sino como “quien toma un vagón en marcha”, en un punto cronológico que varía según los autores, pero generalmente centrado en el siglo XVII.

La segunda parte comprende seis largos ensayos en los que el mismo proceso se trata desde perspectivas muy diversas: a) Samuel E. Finner examina el papel de la organización militar y los cambios en la estrategia como consecuencia de las innovaciones tecnológicas y los cambios sociológicos aplicados en la guerra; b) Gabriel Ardant explica la infraestructura de los estados modernos en función de la política económica y, más concretamente, la política tributaria; c) Rudolf Braum ahonda en la misma dirección, pero estableciendo el estudio comparado de dos casos concretos, el de Gran Bretaña y Brademburgo-Prusia; d) David H. Haley analiza la importancia de la organización policial en el desarrollo político europeo; e) el propio Tilly, desarrollando ciertas ideas ya avanzadas en otros trabajos suyos, estudia la correlación entre el orden público y el abastecimiento de las ciudades en la Europa moderna; y f) Peter Lundgreen se ocupa del reclutamiento y organización del personal administrativo, de la burocracia.

La tercera parte incluye dos ensayos de carácter más general. En el primero de ellos, Stein Rokkan trata de establecer el paradigma apropiado para orientar investigaciones futuras que ayuden a explicar las variaciones y modelos seguidos por Europa en la Formación del estado. En el segundo Ch. Tilly pasa revista a las diversas teorías que pretenden dar cuenta del desarrollo político europeo. El tratamiento del tema es, en este caso, muy desequilibrado, aunque eruditamente cuidadoso; pero a nadie puede sorprender si se advierte la levísima y tangencial alusión a los puntos de vista que sostienen algunos autores próximos al marxismo. Por otra parte, y esto resulta algo más sorprendente, no hay tampoco ninguna referencia a la recopilación, mucho más breve y sin tantas pretensiones, pero no menos interesante, que sobre el mismo tema realizó Caracciolo bajo el título *La formazione dello stato moderno* (Zanichelli, Bologna, 1970).

Es imposible, en el espacio de esta reseña, dar cuenta detallada de cada uno de los ensayos. Por eso me limitaré a proporcionar algunas referencias de tres de ellos, entendidos como otros tantos ejemplos de enfoques diversos, y hasta divergentes, de la virtualidad que las ciencias sociales tienen para hacernos asequible la comprensión de la realidad histórica.

Pero ante todo quizá sea conveniente recordar que el proyecto inicial de este libro surgió de una iniciativa del *Committee on Comparative Politics*, una sección del *Social Science Research Council*, organismo que ha patrocinado ya una serie de investigaciones americanas relativas al cambio político, algunas publicadas en esta misma serie de Princeton Univ. Press. Al cabo de una serie de trabajos previos y deliberaciones, llegó a establecerse una posición de partida común entre los colaboradores de la obra: "las grandes transformaciones políticas que ocurrieron en el pasado no pueden volver a repetirse ni en el presente, ni en el futuro, son demasiado únicas para que se repitan, pero cualesquiera teorías que pretendan abarcar el proceso general de

las transformaciones políticas deben ser consistentes con respecto a la experiencia pasada y tienen que ser contrastadas cuidadosamente con tales experiencias antes de ganar la aceptación general" (pág. 3). Podría decirse que, en el fondo, lo que alienta es una preocupación fundamental: la de asimilar la profunda conmoción originada por el derrumbe del sistema colonial, tras la segunda guerra mundial, y el nacimiento de numerosos nuevos estados, cuya inquieta existencia ha venido siendo, por razones obvias, motivo de preocupación en los Estados Unidos; de ahí que la consideración de un proceso en alguna medida parangonable, como es el nacimiento de los estados europeos, adquiera un interés renovado. Ahora bien, dado el origen y las motivaciones del libro, no se trataba tanto de examinar en su conjunto todo el proceso de formación de los estados europeos, lo que "nunca fue nuestro propósito", sino más bien coincidir "en el análisis de relaciones más que en el de acontecimientos o secuencias" (pág. 17). Es decir, se trataba de considerar algunas variables más significativas —y curiosamente la elección ha recaído en el establecimiento y recaudación de los impuestos, la policía, el abastecimiento, el ejército, pero no en la sanidad o la policía, de abastecimiento, el ejército, pero no en la sanidad o el establecimiento de relaciones hipotéticas entre grandes variables: las libertades públicas como función del predominio burgués, la inestabilidad política en tanto que función de un poder militar autónomo, el tamaño relativo del aparato fiscal del gobierno como función inversa del grado de comercialización de la economía, etc" (pág. 50). En definitiva, se trataba de "analizar la construcción del estado como una serie de relaciones, más que como una serie de hechos recurrentes o de secuencias—tipo". Por lo tanto, "los países, periodos, instituciones y procesos estudiados se inclinan hacia aquello que pueda proporcionar un panorama más claro de la extracción, la coerción y el control en amplia escala", tres funciones cuya enumeración se repite en otros lugares del texto y con las que se alude, de hecho, a la sustancia de lo que se entiende por estado.

El ensayo introductorio de Tilly prosigue, tras una breve digresión de pretensiones metodológicas, intentando proporcionar un marco histórico de referencia que consiste en mostrar las características que la Europa de 1500 tenía en común y cómo, a partir de aquí, se llegó a resultados diferentes. En efecto, Europa contaba, en escala sólo comparable tal vez a la de China —un paralelismo que, por otra parte, ya esbozó Braudel y ha sido desarrollado recientemente por I. Wallerstein¹, aunque ambos sean tributarios en buena

1 I. Wallerstein, *The modern world system. Capitalist agriculture and the origins of the european world economy in the sixteenth century* Academic, Press, N. York and London, 1974. Es la primera parte de una obra en preparación. Aplicando a la Europa del XVI los modernos conceptos de centro y periferia, popularizados por autores como Palloix, por ejemplo, Wallerstein arguye que el renacimiento comercial, en lo que denomina "preludio medieval", condujo a una redistribución de los centros de poder —económico y político—, de manera que no solo se produjo una división del trabajo

parte de la obra monumental de Needham— con un considerable grado de homogeneidad cultural. Se apoyaba ésta sobre una base campesina, cuyo “complemento o parásito” (pág. 19) era, según Tilly, una reducida, pero difusa clase de terratenientes. En este mundo campesino se había venido desarrollando una red urbana geográficamente concentrada sobre todo a lo largo de un eje norte-sur (el famoso eje lotaringio), expresión de un notable incremento del comercio, las comunicaciones, la administración y las manufacturas. Entre ambos mundos —rural y urbano— la industria a domicilio servía de nexo capilar, de manera que en el siglo XVI todo ello revelaba, en primer lugar, que Europa en conjunto disponía ya, no solo de cierta riqueza y capacidad productiva, sino que ésta no reposaba exclusivamente sobre la tierra, sino también sobre la iniciativa de ciertos individuos y grupos locales; y, en segundo lugar, que existían los fundamentos objetivos de los que podrían servirse los estadistas para realizar su obra.

Las relaciones de poder implícitas en una sociedad como la descrita nos permite —siempre según Tilly— discernir otra condición sobre la que reposó la experiencia de los estadistas: “la emergencia de estados en medio de una estructura política extensiva, descentralizada, pero relativamente uniforme” (pag. 21). Ahora bien, la forja de los estados no puede entenderse como un proceso lineal: conviene no olvidar la importancia de las antiguas asambleas deliberantes, así como la tenaz y generalizada resistencia que opusieron a la expansión del poder de estado. La afirmación de éste, cuyo resultado final es la existencia de unidades políticas centralizadas y homogeneizadas cultural, económica y socialmente, significa, en último término, el fortalecimiento del poder de los monarcas mediante la cooptación, subordinación o destrucción de tales instituciones; he aquí el programa que polarizó en gran medida la energía de los reyes del siglo XVII y cuyos resultados afectaron a la fase siguiente de la historia política.

¿Con qué medios se llevó adelante este proceso: “Después de todo, los impuestos, fueron el medio principal mediante el que los forjadores de estados, en el siglo XVI y después, financiaron la expansión de sus ejércitos que fueron a su vez el principal instrumento para establecer el control en sus fronteras, ampliarlas, defenderlas frente a incursiones externas y asegurarse la prioridad en el uso de la fuerza dentro de ellas. Y, a la inversa, las necesidades militares fueron a lo largo de estos siglos el incentivo principal para el establecimiento de nuevos impuestos y la regularización de los viejos” (pág. 23). Esta es, en definitiva, la dialéctica fundamental, en opinión de Tilly, que más directamente puede ayudarnos a comprender la formación del moderno sis-

entre la Europa del este y la del oeste, sino la ascensión en ésta última de un nuevo centro (Holanda—Gran Bretaña) y una nueva periferia (Península Ibérica). Se trata de una obra polémica, pero con un aparato crítico apabullante, y que no elude los problemas.

tema europeo de estados. Por el contrario, “nada sería más improcedente para la comprensión de todo este proceso que la vieja concepción liberal de la historia europea como una creación y extensión de los derechos políticos” (pág. 37).

No quiero concluir este breve extracto del análisis realizado por Ch. Tilly sin mencionar también otros dos puntos que, a mi juicio, terminan de perfilar su talante. El primero, es el breve y elegante paso “contrafactual” dedicado a explicar por qué fue el estado nacional la estructura que prevaleció en Europa después de 1500, cuando existían otras posibilidades alternativas de organización, tales como el imperio, la federación teocrática, la retícula comercial o el sistema feudal. De hecho, el estado nacional difería sin embargo de estas posibilidades en varios sentidos significativos, que sin duda atribuían a la solución estatal una cierta superioridad sobre las restantes alternativas: a) controlaba un territorio bien definido y continuo; b) estaba relativamente centralizado; c) se diferenciaba de otras instituciones; d) reforzaba sus pretensiones mediante la tendencia a adquirir el monopolio sobre los medios de coerción física en su territorio (pág. 27).

El extenso ensayo introductorio de Tilly dedica después una parte a la exposición sumaria de las restantes colaboraciones que integran el libro, para concluir subrayando la existencia de algunos temas recurrentes a lo largo de ellos, así como ciertas discrepancias, por encima de las cuales debe destacar la existencia de algunas coincidencias: el elevado coste, económico y humano, en la construcción de los estados, el significativo papel representado por diversas formas de coerción, la importancia de la guerra. Pese a todo, me parece que el prof. Tilly se ocupa muy tangencialmente de lo que, en mi opinión, debía ser el problema crucial. “Nuestros ensayos —dice— ponen de relieve la considerable conexión histórica entre el surgimiento de los estados nacionales y la expansión del capitalismo, especialmente sus variedades agrarias. Pero no nos proporcionan fundamentos para concluir que la conexión fuera íntima o ineluctable” (pág. 72). Con la excepción de Ardant, y acaso de Braum, me permito poner en duda el hecho de que los ensayos presentados por Tilly revelan algún tipo de conexión con el nacimiento del capitalismo; más bien la impresión dominante es la de que se opera con un concepto abstracto de estado y se pretende demostrar, con afirmaciones que, de hecho, no hacen sino trivializar uno de los problemas más complejos de la historiografía europea, todo lo contrario. La razón de ello es clara: hay que probar, al margen del materialismo histórico, la virtualidad del razonamiento histórico. Se podrá, o no, estar de acuerdo con el sustrato malthusiano que alienta en la obra de Le Roy Ladurie, por mencionar un ejemplo reciente y que ejerce una cierta influencia, pero difícilmente podrá negarse su aportación al conocimiento de la sociedad del Languedoc; se podrá discrepar o no, de la

interpretación que Hobsbawm hizo de la crisis del siglo XVII, pero será difícil no reconocer que su artículo dio pie para una importante y vivificadora polémica, no apagada por entero. ¿Cómo aceptar, en cambio, una interpretación como la de Tilly, en la que, sin ofrecer propuestas alternativas coherentes, se elude, además, la consideración de puntos importantes, como los apuntados por Dobb² respecto a la crisis del feudalismo y el desarrollo del capitalismo, o la profunda revisión efectuada por A. D. Lublinskaya³ respecto al estado del absolutismo? No se trata en definitiva, de la aceptación o el rechazo, *a priori*, de ciertos nombres y de ciertas teorías; de lo que se trata es de avanzar hipótesis y analizar problemas sirviéndose para ello de ciertos presupuestos metodológicos que sean algo más que el mero pragmatismo. Como dice R. Milliband⁴, una teoría del estado es también una teoría de la sociedad; en último término, un análisis de las relaciones de poder en esa sociedad. Pero Lesnodorski⁵ ha sugerido que el problema del poder, y sobre todo del poder político, es, de hecho, el problema de la creación de las mejores condiciones para la promoción del proceso de desarrollo. Habrá que ver, por tanto, quiénes y cómo toman las decisiones que orientan el proceso y de qué manera se reparten sus beneficios y sus perjuicios. Nada de esto, sin embargo, parece preocupar a Ch. Tilly ni a alguno de sus conspicuos colaboradores.

Otro ejemplo de ello nos lo proporciona el ensayo del profesor Rokkan, pese a lo ingenioso de su construcción. Rokkan ha constatado la situación paradójica en que, según él, se hallan los estudios de ciencia política comparada. Por una parte, existe documentación abundante relativa a los países desarrollados del occidente, pero el nivel de elaboración teórica es pobre; por otra, los países nuevos y menos desarrollados de América latina, Asia y Africa, sobre los que hay menos documentación, han sido objeto de una atención teórica más intensa. Por ello una tarea esencial de la ciencia política consiste en aprovechar la abundante información empírica referida a los países europeos y elaborar, a partir de esa experiencia, un modelo de desarrollo político que, tal vez, podría servir como un primer paso en la elaboración de modelos explicativos susceptibles de aplicación a todos los sistemas políticos (pag. 562).

Su aspiración, si bien necesaria, parece no obstante demasiado ambiciosa y desde luego proyectada desde unos supuestos teóricos que, a juzgar por los

2 El famoso debate originado por los *Studies* de Dobb ha sido recientemente reeditado con importantes adiciones Cfr. *The transition from feudalism to capitalism*. Introduction by Rodney Hilton. New Left Books, Londres, 1976.

3 A. D. Lublinskaya, *French absolutism: the crucial phase, 1620-1629*. Cambridge Univ. Press, 1968.

4 R. Milliband, *El estado en la sociedad capitalista*, Siglo XXI, México, 1970.

5 B. Lesnodorski, *Elements juridiques et administratifs dans les transformations de l'état moderne*, Nauka, Moscú, 1970.

resultados de su propio ensayo, son poco alentadores. En definitiva, Stein Rokkan es un parsoniano, fuente de inspiración que él, por supuesto, no trata de ocultar. Pero también N. Smelser es un discípulo de Parsons y en su discutidísima obra sobre la sociología de la industrialización hay aportaciones y sugerencias valiosas. Sea de ello lo que fuere, en este caso el prof. Rokkan toma como punto de partida un esquema inicial de Parsons con el que éste trató de establecer una tipología de los sistemas políticos primitivos con objeto de construir un modelo que explique "los perfiles estructurales" de los sistemas políticos.

Dicho esquema consiste en mostrar cómo, a partir de lo que él llama "comunidad local primordial", caracterizada por un nivel elemental de diferenciación interna, una economía primitiva y unas prácticas rituales integradas que satisfagan las necesidades religiosas, surgen cuatro líneas principales de desarrollo: 1) el establecimiento de instituciones encargadas de regular las discordias; 2) el crecimiento de un centro militar capaz de imponer por la fuerza un control sobre las poblaciones vecinas; 3) la diferenciación de distintas clases de sacerdotes, hecho que traduce un divorcio creciente de las mitologías y prácticas rituales respecto a la estructura social a la que antes aparecían integradas; y 4) la diferenciación de las habilidades técnicas, dando lugar a la aparición de núcleos diversos de artesanos, comerciantes, etc. (pág. 565).

Rokkan transforma este esquema simple en otro más complicado que podría representarse gráficamente por medio de dos pirámides unidas por sus bases, de manera que formen un octaedro. Entre las cúspides de ambas pirámides se establece un eje cada uno de cuyos polos representa lo que él denomina "comunidad periférica primordial" y "autoridad central". El desarrollo político estriba en el deslizamiento progresivo de las cuatro líneas fundamentales de evolución mencionadas por Parsons —que Rokkan esquematiza aun más con las escuetas denominaciones de "ley", "fuerza", "economía" y "cultura", situadas en su gráfico en los cuatro vértices por donde se unen las pirámides —hasta llegar— a una situación en que la vida comunitaria, primero organizada en torno a la "comunidad periférica primordial", queda finalmente organizada en torno al otro polo, el de la "autoridad central".

Este proceso de transición se cumple a lo largo de cuatro fases. La primera cubre el proceso inicial en la construcción del estado, e históricamente corresponde en Europa al período comprendido entre la Alta Edad Media y la revolución francesa. (Las equivalencias históricas de las restantes fases no han sido precisadas por Rokkan). Durante ese tiempo tiene lugar una cierta unificación política, económica y cultural a nivel de élites. La autoridad central emergente va penetrando la urdimbre social mediante el establecimiento de instituciones que permiten organizar la captación de recursos para la defensa común, el mantenimiento del orden interno, la resolución de las disputas, la

protección de los derechos y privilegios establecidos y una infraestructura elemental que atienda las exigencias de la economía y la política.

La segunda fase consiste, sobre todo, en la integración en el sistema de núcleos cada vez mayores de amplias masas, mediante la construcción de ejércitos regulares, la escolarización obligatoria, la difusión de medios de comunicación y toda una serie de canales que permiten estrechar los contactos entre centro y periferia; es, por tanto, una fase en la que no cabe excluir el conflicto, debido principalmente a la resistencia opuesta por aquellos sectores privilegiados constituidos en la etapa precedente.

La tercera fase conduce a una participación activa de las masas en la opertividad del sistema político territorial: establecimiento de garantías para la oposición, ampliación de los órganos representativos, formación de partidos organizados para movilizar el apoyo y articulación de las demandas.

Por último, la cuarta fase corresponde a la ampliación y extensión del aparato administrativo del estado territorial: el crecimiento de lo que Rokkan llama agencias de redistribución, esto es, la creación de servicios públicos, el desarrollo de una política nacional que favorece la igualación de las condiciones económicas, negativamente por medio de una imposición progresiva y positivamente mediante la transferencia desde los estratos sociales regionales más ricos, a los más pobres (págs. 570-72).

De manera que el proceso total, cuya resultante, como se quería demostrar, es el estado del bienestar —una apreciación que acaso resulte plausible desde las aulas de Princeton— es fruto de unas corrientes y contracorrientes que fluyen en el tiempo entre los dos polos del eje que une a la comunidad primordial (he aquí una inopinada resonancia lovecraftiana) y la autoridad central: es decir, impulsos de “penetración” y “estandarización”, según la terminología de Rokkan, que van del centro a la periferia durante las fases I y II, e impulsos de “participación” y “redistribución” durante las fases III y IV, de la periferia del centro.

Ahora bien, si este es el esquema general, formulado a un alto nivel de abstracción, como el mismo Rokkan se cuida de advertir, la realidad que nos muestra la historia no deja de indicar la existencia de importantes desviaciones respecto al paradigma general. Para explicarlas resulta necesario contar igualmente con cierto número de condiciones dadas, que pueden haber afectado en proporción diversa a cada país, según sea su posición exacta en el mapa geopolítico. Estas circunstancias dadas son seis: 1) la herencia del imperio romano, con sus ideas afines sobre la supremacía del poder imperial o la ciudadanía; 2) la existencia de organizaciones supraterritoriales; como la iglesia católica; 3) los reinos germánicos y sus tradicionales asambleas legislativo-judiciales; 4) la revitalización del comercio entre el Oriente, el Mediterráneo y el Mar del Norte y el consiguiente crecimiento de una red de ciudades independientes; 5) el desarrollo y consolidación de estructuras agra-

rias feudales y la subsecuente concentración de la propiedad territorial en importantes áreas del occidente; y 6) la emergencia de literaturas en las lenguas vernáculas y el ocaso gradual del latín como medio de comunicación generalizado más allá de diferencias étnicas (pag. 575).

La existencia y relevancia de estos factores no es la misma en todos los casos; ello depende, ante todo, de la posición que ocupen respecto a cuatro parámetros: a) la distancia geopolítica respecto a Roma; b) la distancia geopolítica tanto hacia el este como hacia el oeste, respecto al área central más urbanizada y penetrada por las rutas comerciales; c) la concentración de la propiedad territorial y, por tanto, la dependencia, o independencia, de los campesinos; y d) la base étnica de los esfuerzos más tempranos en la construcción de centros de poder (pág. 576). Por supuesto que además de tener en cuenta las variables enumeradas, los contrastes y desviaciones del modelo general “no pueden comprenderse sin un análisis adicional de las condiciones económicas del centro aglutinante” (pág. 584), pero “estas variaciones en la estructura de la economía primaria no pueden afectar por sí mismas el carácter del proceso” (pag. 585).

Algún lector malévol o quizá piense que mi selección de las ideas maestras del ensayo del prof. Rokkan sea tendenciosa, o su traducción poco escrupulosa. Creo, sin embargo, que no he traicionado sus intenciones y por ello me tranquiliza encontrar en una nota de la pag. 583 una confesión que, por mi parte, considero suficientemente reveladora y que, por lo demás, me exime de la necesidad de cualquier otro comentario. Me refiero a la afirmación de que el esquema tipológico esbozado por el prof. Rokkan debe mucho a los análisis de ciertos geógrafos como Friedrich Ratzel y Karl Haushofer. Como ha escrito recientemente Joan E. Garcés⁶ “el estudio de la articulación entre las principales escuelas sociológicas, en especial la funcionalista y estructuralista de inspiración parsoniana, y los intereses materiales de mantenimiento del sistema capitalista, está por hacer. Pero es sin duda un campo fructífero para profundizar la relación entre epistemología e intereses sociales”. El trabajo de Stein Rokkan es, sin duda, un ejemplo elocuente de ello.

El tercer trabajo al que merece la pena referirse, el de Gabriel Ardant, tiene un carácter enteramente distinto y es, sin duda, el más importante, y serio de este libro. Su tesis principal puede resumirse con su afirmación de que “la historia del estado parece inseparable de la historia de los impuestos (...) porque cada aumento en el poder del estado estuvo ligada a un aumento en la posibilidad de recaudar tributos” (pag. 172-174). El ensayo de Ardant es, en buena parte, una síntesis de dos magníficas obras, la *Theorie soci-*

6 Joan E. Garcés, *Allende y la experiencia chilena*, Ariel, Barcelona, 1976.

7 H. H. Hinrichs, *Una teoría general del cambio de la estructura tributaria durante el desarrollo económico*, C. E. M. L. A. 1967.

ologique de l'impôt y la más reciente *Histoire de l'impôt*, poco leídas entre nosotros. Sin embargo, su idea de que "las finanzas públicas significan dinero, contribuciones, presupuesto, crédito, sistema bancario, mecanismos de activación del capital, etc; pero durante siglos antes del XIX, cuando las manipulaciones monetarias eran especialmente difíciles, los tributos constituían el recurso básico de los estados" (pag. 165), debía resultar bastante familiar para los lectores de una relevante serie de historiadores que de Carande a Fontana, han hecho de los problemas de la hacienda el centro de sus investigaciones. Ardant ha mostrado hasta qué punto fueron importantes no ya los "food riots", algo sobre lo que todo el mundo está de acuerdo, sino también una figura no menos fundamental en las sociedades antiguo régimen los "tax riots". Y en el ensayo que comentamos ha subrayado en qué medida la consideración de la política financiera puede ser el camino más directo para la formación del estado. La recaudación de impuestos aparece en el centro de otros procesos en cierta medida subalternos, pero coincidentes en un mismo resultado, como es el caso de los aparatos burocráticos y coercitivos de la más variada significación, desde el ejército a la policía, o como la cambiante variada significación, desde el ejército a la policía, como la cambiante de orientar en direcciones muy diferentes la configuración del poder estatal.

Lejos de construir inicialmente un modelo más o menos arbitrario, Ardant no pierde de vista en ningún momento las condiciones reales en las que observa entre otras algunas etapas clara y ampliamente diferenciadas y diferentes: el periodo comprendido entre el final de la edad media y comienzos del siglo XVIII, el siglo XVIII y los siglos XIX y XX, bajo el influjo de la industrialización. En cada caso, lo que importa es distinguir cuáles son los objetivos del estado y sobre ¿qué infraestructura económica actúa, es decir, qué posibilidades materiales existen para aplicar unos medios u otros de obtener ingresos fiscales; en cada época existen unos límites objetivos a la acción del estado y los gobernantes más hábiles han procurado vencer tales obstáculos arbitrando soluciones alternativas cuando las inicialmente propuestas resultaban inviables. Así, durante el *antiguo régimen*, la insuficiencia de la producción y la debilidad de los mercados limitaban las posibilidades fiscales ligadas a la comercialización de la economía, lo que al dificultar la aplicación de expedientes monetarios, orientó los esfuerzos en el sentido de establecer un sistema de impuestos que guardara independencia respecto al sistema de mercado, tipo diezmos o catastro, por ejemplo. Pero también considera Ardant las consecuencias financieras, sociales y políticas derivadas de aplicar a una estructura económica determinada cierta política fiscal y, sobre todo, en qué medida estas consecuencias alcanzan también al propio estado, provocando ciertos cambios en sus tácticas y objetivos. En este sentido, quizá lo más significativo sea el énfasis puesto en mostrar cómo esta

interacción está en la base de un proceso de enormes repercusiones en la configuración de los estados modernos, es decir, el proceso que conduce del súbdito, al ciudadano. Y, por otra parte, no escapa tampoco a la observación de G. Ardant el hecho de que la misma teoría económica, especialmente de Keynes, reconoce en la actuación económica del estado una palanca muy poderosa para impulsar, encauzar y reorientar el proceso del desarrollo económico, de tal manera que el papel del estado adquiere una significación que va mucho más allá de la imagen tradicional del mero recaudador de impuestos.

Quizá hubiera sido conveniente insistir con más detalle, siguiendo por ejemplo la línea empírico-teórica de Hinrich, en los cambios que experimenta la estructura impositiva de los estados a medida que el arrollo económico empieza a ser un hecho arraigado y cómo juegan un papel diferente los impuestos directos y los indirectos. Pero, en todo caso, es el ensayo de G. Ardant el que muestra con mayor claridad las implicaciones de la política tributaria en la construcción del estado. Y, más aun, en el surgimiento de la conciencia nacional, dos procesos distintos que no siempre se distinguen con claridad en otros ensayos.

Podrían señalarse aun varios aspectos, tanto del ensayo de Ardant como de otros. El de Finner, por ejemplo, que hace un planteamiento inteligente y habil del papel de las fuerzas armadas en tiempo de conflicto, distinguiendo lo que llama diversos "formatos" de las mismas durante el proceso de formación del estado moderno; es decir, si las fuerzas armadas son nativas o foráneas, pagadas o no pagadas, *ad hoc* o permanentes, mostrando al mismo tiempo la estrecha correlación que existe entre la estructura social de un país en un momento dado y la estructura de sus fuerzas armadas, y cómo este factor puede incidir en el resultado de una confrontación militar. En definitiva, pues, un ángulo de observación poco explorado hasta ahora.

También el trabajo de Tilly sobre el abastecimiento y el orden público merecería un extenso comentario. Pero, en realidad, ya ha sido realizado y por una autoridad como Pierre Vilar⁸, a cuyas atinadas y juiciosas observaciones al respecto remito al lector interesado.

En conjunto, se diría que este libro —cuyo título resulta algo desorientador por cuanto su contenido no responde luego con excesivo rigor al anunciado— ofrece un interés muy desigual según la dimensión desde la cual lo consideremos. En tanto que conjunto de monografías sectoriales referidas a un problema concreto, su valor es desigual. Adolece fundamentalmente las limitaciones de un estudio de síntesis en el que su perfección formal apenas puede encubrir el tono desenfadado, casi frívolo diría yo, con el que a veces

8 P. Vilar, *Réflexions sur la "crise de l'ancien type", "inegalité des récoltes" et "sous développement"*.

se tiende a trivializar una de las cuestiones sin cuya comprensión difícilmente podemos tener una imagen precisa de la sociedad moderna. El examen novedoso de ciertos aspectos técnicos que acompañaron el nacimiento de los estados nacionales, no compensa el abandono de problemas fundamentales, como por ejemplo las luchas sociales agrarias y/o las elaboraciones teóricas y las representaciones ideológicas, de Maquiavelo a Hegel, que también tuvieron una importancia decisiva en el proceso aquí considerado.

V. Martínez Santos.